

Cultura a la contra

## Volver al ghetto

Desde luego, lo de vivir cada vez se hace más difícil, casi imposible. Y si se tiene la desgracia de pertenecer a un grupo minoritario y marginado, peor. Eso pasa con los gays, por ejemplo, que son, o deberían ser, mucho menos alegres de lo que su nombre indica. A los gays les putean de todas las maneras posibles y de alguna más: por ejemplo, echándoles de su trabajo, como hace poco ha ocurrido en una valenciana fábrica de sostenes — "Little Kiss", besito, me parece que se llama—, de donde despidieron a dos trabajadoras acusadas de lesbianismo, porque el encargado se las encontró no precisamente dándose besitos, sino con la mano de una puesta sobre el brazo de la otra. Esto se cuenta porque un importante semanario le ha dado publicidad, pero hay casos así a montones. Y nadie hace nada, y las centrales sindicales se lavan las manos, y nadie se mete en asuntos tan feos por temor a mancharse las manos.

También les prohíben a los gays celebrar sus fiestas. En este país democrático y constitucional, el FLHOC (Frente de Liberación Homosexual de Castilla) no pudo celebrar las jornadas en favor de la liberación sexual que tenía previstas en el barrio de Prosperidad. La Policía ocupó el barrio —pero, ¿qué barrio no está ocupado por la Policía?— y el Gobierno Civil denegó el permiso. Y es que no se puede, es que es una ingenuidad pensar que eso del derecho de reunión sea algo más que una palabra que queda bonita en la Constitución. Aquí los únicos que tienen derecho a reunirse son algunos militares en cafeterías de Argüelles para darnos sustazos. Pero para pedir algo tan simple y elemental como el derecho a hacer lo que se quiera con la propia vida privada, para eso no puede uno ni reunirse a tomar una copa.

Muchos son los movimientos de liberación gay que existen ahora en nuestro país: la mayor parte de ellos, grupúsculos sin demasiada fuerza, pero dotados de una rara vocación de martirio que les hace capaces de casi todo. Uno de ellos, el Front Gai d'Alliberament, lleva su osadía hasta el punto de querer ser legal, como un partido. Y para ello recogen firmas de toda la izquierda, y vemos a grupos como el MC y como el PT, que nunca han sido precisamente muy alegres, apoyándolo. Vaya también mi firma en su apoyo si es que les sirve de algo, que no creo. Porque no parece fácil que esas libertades de las que tanto hablan nos las vayan a dar. Y, si no, veamos lo que está pasando con la famosa y nefasta Ley de Peligrosidad Social: la cambian, hacen de ella otra cosa. Pero lo que bajo ella era delito, lo sigue siendo dentro de otro cuerpo jurídico diferente.

La solución para el gay marginado y golpeado debería ser volver al ghetto que le han impuesto, luchar desde él como desde un terreno no cedido, sino conquistado, y reivindicar su derecho a cantar canciones de Juanita Reina y de Donna Summers. Pero ni eso le dejan: en Madrid, por lo menos, el pequeño barrio donde el ghetto gay tiene su asiento físico —porque mental y moralmente, todos estamos metidos en un ghetto amplio—, los controles policíacos, las redadas y las recogidas de carnet son cosa de todos los días. Y, ¡ay! del joven raro o semitravesti al que pillen; y más ¡ay! todavía del adulto que vaya con él. No se puede ni siquiera ir a las reservas donde la norma encierra a la antinorma. Queda sólo el recurso del pataleo, el ultraje a la moral pública que se lleva a cabo desde posturas extremistas y travestidas. O refugiarse en el mundo de papel de seda y falla de mal gusto que los ocañas han inventado. Y, sobre todo, callar, no protestar y guardar la calma, que es justamente lo que el Sistema quiere que hagamos. ■ EDUARDO HARO IBARS.



existencia de un determinado marco referencial nos ayudaría a entender cuanto hubo de "revolucionario" en la actitud de Rojas Zorrilla, la falta de aquél tiende a que el espectador —y también quienes hacen el espectáculo— vea la obra como un simple vodevil, juzgando la mayor o menor gracia del autor en la composición del enredo y de los personajes, riéndose si viene al caso, pero sin asomarse a los valores históricos de la comedia. Alguien dirá: ¿y qué importan esos valores históricos para que la comedia divierta o aburra?, ¿no es la comedia "en sí misma" lo que cuenta? Con lo cual, a mi modo de ver, se desnaturalizará, una vez más, el sentido de un teatro que debe importarnos, me parece, encuadrado en su época y encuadrado en la nuestra, en la misma medida que nuestra contemporaneidad incluye nuestra historia.

Bien se comprende, vistas así las cosas, lo difícil que resulta hablar de una comedia decididamente banal y artificiosamente enredada —como cualquier vodevil de nuestros días— si la sacamos totalmente de su tiempo, y audaz y sorprendente si la colocamos en el marco, o lo que entendemos por tal, escénicamente tan poco explorado del barroco.

Es cierto que Fernando Fernández-Gómez, contando con la escenografía de Cristina Borondo

y los figurines de Javier Atiñano, ha procurado delinear un estilo y conformar los distintos personajes dentro de él. De esta intención ha salido un espectáculo bonito, ligero, que quizá lleva en el subconsciente —como ya ha sucedido en más de un montaje de Lope— la voluntad de probar "que los clásicos no son tan aburridos como se cree", antes que la de realmente divertirse con él. Disposición que se nota, sobre todo, en el tratamiento del texto, más preocupado, casi siempre, de subrayar el efecto cómico inmediato que de quedar a la comicidad y al humor a través del juego y de la relación escénica de personajes.

Yo creo que el viejo y no resuelto problema del "modo de decir el verso" está precisamente ahí; porque si bien es cierto que existen una serie de aspectos puramente técnicos, también lo es que previamente se necesita resolver un concepto de actuación, sin el cual, según sucede en "Abre el ojo", se cae en una especie de mecanicismo, de composiciones externas sólo ensambladas por la anécdota, pero nunca animadas ni sentidas como las partes de una acción dramática. ¿Cómo superar, sobre esos supuestos, la simple declamación?, ¿cómo conseguir entonces que los versos, se digan como se digan, no agarroten —como ocurre también en la prosa cuando no se "actúa"—